

invariable; y los pueblos divididos en sus juicios (consecuencia casi inevitable de la division de los obispos, por mas desigualdad que haya en el número de sus votos) no nos ofrecerian ninguna firmeza y seguridad para nuestra creencia." Añadió el fiscal que si se tratase de un punto de doctrina en que cupiese la menor duda, antes de decidir los magistrados, deberian esperar á que lo hiciese la Iglesia; pero que siendo el sistema del autor tan manifestamente contrario á la doctrina de la Iglesia en general, y de la iglesia de Francia en particular, nada mas se necesitaba para proscribir una obra igualmente contraria á la paz de la Iglesia que á la tranquilidad del estado." Prohibió el parlamento á 23 de Febrero de 1715 la venta del libelo y de todo escrito contra la constitucion, ó á favor de las proposiciones condenadas en ella.

25. El clero de Francia reunido dió el último golpe á este libro el año siguiente. Sin embargo, como no vivia ya Luis XIV, se interesaban á favor del autor y de su doctrina muchas personas poderosas; pero fueron inútiles los esfuerzos de éstas, y los enredos y maquinaciones de los partidarios. En fin, se dió la censura en el mes de Octubre, no solo contra el Testimonio de la verdad, sino tambien contra las Exaplas, obra de la misma especie, y por desgracia no menos célebre que la otra. Ésta fue tambien condenada por el parlamento de Dijon; así como la primera lo habia sido por el de París. El principal objeto del autor era hacer ver que la bula se oponia á la

doctrina de la sagrada Escritura y de los santos padres, poner ciertas notas dirigidas á acabar con el respeto y sumision debidas á la cátedra de San Pedro; y en fin, justificar el error á costa de todos los que habian contribuido á su proscripcion.

26. La publicacion de estos libelos y otros muchos motivos de escándalo, como tambien las exhortaciones del Papa, movieron al Rey á tomar la resolucion de sujetar con la autoridad á los que no querian ceder á la persuasion ni á los demás medios suaves. Muchos obispos, únicamente celosos del bien de la Iglesia, fueron de este dictámen, y pidieron que sin dilacion se procediese canónicamente contra los refractarios. Pero tambien hubo prelados que atendieron á los intereses del hombre, que se dejaron llevar de los efectos de carne y sangre, y de los respetos humanos, y que desearon adquirir el concepto de hábiles en las negociaciones, de modo que se les dió el nombre de *partido de los negociadores*. En todos tiempos, y en los asuntos mas importantes de la Iglesia la han sido mas perjudiciales semejantes hombres que sus enemigos declarados. Así comenzaron aquellas negociaciones funestas que se prolongaron hasta la muerte de Luis XIV; apuraron sin ningun fruto la paciencia del regente, y aumentaron el partido del error ó del cisma. Pero debia saberse por la esperiencia de lo que habia pasado, que jamás recibirian la bula los refractarios, sin esplicarla á su modo, esto es, sin limitarla y restringirla en tales términos que eximiesen de toda censura las proposiciones que condena, y no

las atribuyesen ningun error. En efecto, fue éste una especie de atrincheramiento de donde nunca fue posible sacarlos.

27. Juzgando fundadamente el Sumo Pontífice que seria poca la resistencia que opusiesen los prelados refractarios si se lograba reducir al cardenal de Noailles, escribió al nuncio encargándole que obtuviese la anuencia de Luis XIV, para que le llamase á Roma y le citase á su tribunal como miembro del sacro colegio. El cardenal tuvo noticia de este proyecto, y se llenó de consternacion. Prometió expedir un edicto aceptando la bula, pidió tiempo para hacerle, y se le dió todo el que quiso. En este intervalo interpusieron los mediadores sus buenos oficios, se alargó la negociacion, y no se adelantó nada. Sin embargo, se publicó el edicto; pero era esplicativo y aun restrictivo de la bula, de suerte que los prelados á quienes se dió el encargo de examinarle, juzgaron que era insuficiente y además capcioso. Indignado el Rey, se esplicó de modo que aumentó el temor del prelado. El nuncio instó de nuevo á su Magestad para que permitiese la comparecencia del cardenal en Roma. Se suscitaron nuevas dificultades contra la egecucion de este designio: se renovaron las conferencias y las negociaciones, las cuales no tuvieron mejor éxito que las primeras; y sin embargo se resolvió que el cardenal volviese á hacer un edicto, cuyo juez fuese el mismo Papa. Su Magestad le señaló tiempo para hacerle, diciendo con imperio, que si daba lugar á nuevos disturbios, tomara contra él las providencias que

juzgase convenientes. Se presentó el edicto mucho despues del término señalado: contenia, aunque menos visiblemente, los mismos defectos y nulidades que el primero; y los sábios prelados, á quienes le hizo ver el Monarca antes de enviarlo á Roma, fueron de dictámen que la Cabeza de la Iglesia no debia quedar satisfecho con él. En vista de este informe, tomó su Magestad la resolucion de acordar con el Santo Padre los medios canónicos que podrian emplearse para reducir á los refractarios, y envió al señor Amelot á Roma para tratar de este asunto.

28. Tenia este ministro que proponer muchos proyectos y que examinar é impugnar otros muchos. De estos últimos era el que el Papa deseaba sobre todo, y el que el mismo Rey habia aprobado al principio, bien que despues se le pintaron con colores odiosos, esto es, el de citar al cardenal al tribunal apostólico. Tal era tambien la proposicion de nombrar comisionados en Francia para formar causa á los obispos refractarios, y la de autorizar al nuncio para intimarlos que recibiesen la bula, y en caso de negarse á ello, declararlos depuestos de sus sillas. Pero la única cosa que debia solicitar con empeño el ministro del Rey, era el beneplácito del Pontífice para la celebracion de un concilio nacional en Francia, y para que condescendiese se le allanaban desde luego todas las dificultades. Debia asegurársele que sus legados serian recibidos con toda la distincion posible: que ellos propondrian las materias: que el mismo Pontífice señalara el número de las sesiones: que prescribiera los puntos que habian

de tratarse en ellas; y que tendria perfecta libertad para negar su aprobacion á todo lo que se hiciese sin su consentimiento. El Rey prometia encargarse de la egecucion, y en caso necesario valerse para ello de toda su autoridad.

29. Clemente XI, que conocia la religion y pro-bidad de Luis XIV, y por otra parte se amaban los dos entrañablemente, no tuvo el menor recelo de la franqueza de este Príncipe; pero no pudo resolverse á aprobar el proyecto de un concilio. Además de muchos inconvenientes que ninguna relacion tenian con el Monarca, veia las dilaciones que de aquí iban á resultar, y temió que la avanzada edad del Príncipe no le dejase ver el fin del concilio. Sin tocar este motivo, que siempre ofende á la delicadeza de los Príncipes, respondió generalmente que el concilio le parecia un medio muy lento, y por lo mismo espuesto á graves inconvenientes. Añadió, que supuesto que la autoridad pontificia y la real bastaban para sujetar á los refractarios, querria que se adoptase este medio mucho mas espedito; pero que deseando usar de condescendencia, ofrecia enviar dos breves para el cardenal, uno benigno y otro riguroso, de los cuales se usaria según las circunstancias. En el primero le exhortaba con bondad á que se reuniese á sus hermanos aceptando la bula; pero solo debia entregársele en caso de que se le hallase dispuesto á esta aceptacion y diese una seguridad positiva de realizarla. En el otro breve le mandaba que aceptase la bula pura y sencillamente, pena de ser degradado del cardenalato y

tratado despues con todo el rigor de los cánones. Debía presentársele en caso de que continuase resistiendo á la aceptacion. Estos varios proyectos del Papa y del Rey ocuparon mucho tiempo á las dos córtés. Insistia el Monarca en la convocacion del concilio, y el Pontífice se mostraba muy contrario á este pensamiento, así por lo que hemos dicho, como porque el señor Amelot se habia hecho sospechoso á su Santidad, el cual tenia motivo para creer que este solicitador no se proponia otro objeto que el de evitar que se hiciese uso de la autoridad contra el cardenal de Noailles, y que á este fin habia adoptado el proyecto del lazarista Filopald, que aconsejaba al cardenal aceptase la bula, á consecuencia del breve benigno, porque con alguna apariencia de razon podia decirse que en él se hallaba esplicada la bula: lo que favorecia á la obstinacion de los refractarios en querer enervarla con esplicaciones y restricciones. Por eso fue echado de Roma Filopald á las veinticuatro horas, y se tuvieron por sospechosas todas las intancias de Amelot.

30. Entretanto se empeñó el Rey tan fuertemente con su Santidad para la convocacion del concilio, que faltó poco para que consintiese en ello; y parece que solo pidió algun tiempo para acabar de determinarse. Pero sabiendo los prelados refractarios las disposiciones que tomaba el Pontífice, no pudieron ya ocultar las suyas. Hasta entonces se habian mostrado muy serenos y aparentaban grandes deseos de concilio; pero cuando creyeron que iba á convocarse sin

duda alguna, en vista de las providencias que tomaban públicamente el Príncipe y el clero; y se vieron próximos á ser juzgados, se dieron por perdidos y no pudieron disimular su consternacion. Los prelados aceptantes pronosticaron ya el buen éxito del concilio, y algunos de ellos dieron aviso al Papa á fin de que promoviese su convocacion. Pero ¡cuán impenetrables son para el hombre los designios del cielo! ¡Cuán distante estaba todavía la paz de la Iglesia, que parecia tan próxima! Supo su Santidad que habia tres semanas que el Rey se sentia muy indispuerto, y como á los setenta y siete años es muy temible cualquier novedad en la salud, sintió el Papa el tiempo que se habia perdido en conferencias y en contradicciones, y dijo: „ya estaria todo concluido, si se hubiesen seguido mis ideas; y dudo mucho que el Rey tenga ya tiempo para egecutar las suyas. Pero él cree que sus designios son los mejores, y yo voy á valerme de toda mi autoridad para realizarlos.” Su Magestad recibió despues un correo de Roma, y solo pensó ya en convocar al concilio nacional, creyendo con razon, como lo acabamos de ver, que el Papa iba á prestar su consentimiento.

31. Dió principio mandando disponer una declaracion en que se prescribia á los obispos refractarios que se conformasen con sus cólegas en el episcopado, y aceptasen la constitucion del mismo modo que aquellos la habian aceptado. Los principales magistrados se declararon abiertamente contra esta disposicion, pretendiendo que antes de mirar la bula como regla

de fe y ley del estado, era necesario esperar algunos años para juzgar del consentimiento, á lo menos tácito, de la Iglesia universal: que podia suceder que la constitucion no hubiese llegado todavía á noticia de muchas iglesias; y que hasta que el tiempo hubiese hecho ver que sabian de ella y no reclamaban, era imprudencia pronunciarlo. Algunos años antes no hicieron esta observacion los mismos magistrados, tratándose de la bula que condenaba el libro de las Máximas de los Santos. Luego que se publicó, dijo Mr. d' Aguesseau, que era entonces fiscal y sabia el modo de pensar de sus compañeros: „Abrazamos esta doctrina tan pura que acaba de confirmar con su decision la Cabeza de la Iglesia, el sucesor de San Pedro, el Vicario de Jesucristo y el Padre comun de los fieles.” Esta variacion de principios ó de conducta, hizo sospechar al Rey que solo se pretendia eludir sus órdenes. Para obviar todos los artificios de una parcialidad tan sospechosa, resolvió ir á hacer registrar por sí mismo su declaracion, y señaló dia para ello. Todo estaba ya dispuesto, cuando la víspera de pasar al parlamento cayó enfermo sin esperanza de restablecerse, como lo acreditó una triste esperiencia. Los políticos y los contemporizadores, á quienes no era indiferente la paz de la Iglesia, gimieron entonces, aunque en vano, al ver que se habia frustrado; y se llenó de amargura el corazon de todos los fieles sinceros, por poco instruidos que estuviesen.

32. Siempre se esparcen con prontitud las noticias funestas. En poco tiempo se supo en toda Roma el

estado del Monarca Cristianismo, y todos se hallaron en la misma situacion que si cada familia temiese la muerte de su propio padre. De todos los barrios acudió un gentío inmenso á las iglesias. Sobre todo fue prodigioso el concurso en la Iglesia nacional de San Luis, donde estaba espuesto de día y de noche el Santísimo Sacramento. Se reunió casi todo el sacro colegio, y el Sumo Pontífice en medio de los cardenales se deshacia en lágrimas, y no podia reprimir los sollozos. Gentes de todas clases, edades y climas mezclaban sus ruegos y sus lágrimas con las del Padre comun. Pero ¡ó profundidad de los consejos eternos! No fueron oidas las súplicas de los que pedian la salud de un protector tan necesario á la Iglesia.

Luis, llamado el Grande por tantas razones, mostró serlo principalmente en la última enfermedad. Quizá no ha habido jamás Principe alguno que viese el fin de su vida y de su imperio con mas grandeza de alma. Los grandes sentimientos de la religion que habia conservado en medio del fuego de las pasiones que en nuestros dias forman blasfemos é impíos, y la sólida piedad de que dió pruebas constantes en edad mas avanzada, fueron la basa principal de aquella magnanimidad, que nada tuvo que ver con la ostentacion ni con el estoicismo, y que se mostró completamente á la hora de la muerte. Se comprobará esto con hechos, porque el asunto es de tanta edificacion, que no tememos incurrir en la nota de prolijos.

El dia 24 de Agosto, despues de haber cenado el Principe, se declaró su peligrosa enfermedad con grandes dolores en todo el cuerpo, y una debilidad estremada (1). Se advirtió despues que tenia una pierna casi insensible, con cuyo motivo mandó que llamasen al confesor á las once de la noche. El dia siguiente, que era la fiesta de San Luis, se sintió mejor, y quiso que asistiese la córte á la hora de comer. Como era su cumpleaños, se dió música á los balcones de palacio, y se pusieron los músicos á cierta distancia, para que no le incomodase el ruido; pero mandó su Magestad que se acercasen. Por la noche iban á darle un concierto, que no llegó á verificarse por haberse dormido. Pero al despertar se halló que tenia el pulso muy malo, y algo trastornada la cabeza, lo que no duró mucho. Habiendo vuelto en sí y creyendo él mismo que estaba de bastante peligro, pidió el Viático, y le recibió, como tambien la Estremauncion, con los mayores sentimientos de piedad, y con la mas perfecta libertad de espíritu. Hacia por sí mismo los actos de las virtudes cristianas, y respondia á todas las oraciones de la Iglesia.

Poco despues se le miraron las piernas, y se hallaron en ellas muchas manchas que indicaban gangrena interna. Como habia mandado que no se le ocultase nada, comprendió que le quedaba poco

(1) *Diario histórico de la última enfermedad de Luis XIV. Memoria del abad de Choissy.*

tiempo de vida. Entonces dió sus últimas disposiciones, no como hombre que iba á morir, sino como si estando sano y bueno hubiese mandado una expedicion militar, ó dado una instruccion política. Comunicó sus designios á los varios ministros; coordinó y revisó sus papeles secretos, y quemó los inútiles, comprendiendo entre ellos algunos que tenia en los bolsillos y podian indisponer á los ministros. Habiendo entrado en su cuarto el duque de Orleans, á quien habia enviado á llamar, estuvo hablando con él á solas mas de un cuarto de hora, y le dijo en alta voz: „Sobrino mio, te he conservado en mi testamento todos los derechos que te corresponden por tu sangre. Sirve al Delfin con la misma fidelidad con que me has servido á mí. He tomado las disposiciones que me han parecido mas necesarias; pero como no es posible preveerlo todo, si hay algun artículo que no esté bien, podrá variarse. Abrazándole despues con ternura; ama (le dijo) y protege sobre todo á la religion: ésta es la única cosa sólida.” Llamó luego á los demás Príncipes de la sangre; y aunque no se supo lo que les habia dicho, les habló de un modo tan apasionado y tan noble, que salieron todos de su cuarto bañados los ojos en lágrimas, y con no menos señales de admiracion que de sentimiento.

El dia siguiente se creyó que convendria hacerle incisiones en una pierna. Fue larga la operacion, y como se tocaba á la carne viva, llegando hasta los huesos, es necesario que fuese muy dolorosa. Sin embargo, fue tal su firmeza, que el médico que le

estaba tomando el pulso no halló en él la menor alteracion. Se conoció sin ningun género de duda que la gangrena procedia del interior, y que la enfermedad era incurable. El augusto enfermo habia exigido que los médicos se esplicasen claramente. Lloraban todos los circunstantes. Solo el Monarca estaba sereno, y hablaba de su situacion como si se tratase de otra persona, con tal desembarazo y con la propiedad y exactitud que le eran naturales.

Hecha la operacion, mandó que entrase el Delfin. Se enterneció al verle, le acarició y le dijo: „Hijo mio, vas á ser un gran Rey, pero solo serás feliz en quanto estés sujeto á la voluntad de Dios y mires por el bien de tus pueblos. Ház todo lo posible por evitar la guerra que es la ruina de los pueblos. Yo conozco ahora y lo siento, que muchas veces la he declarado con ligereza, y la he sostenido por vanidad. No sigas mi egemplo.” Dichas estas palabras, le abrazó dos veces con ternura, y al retirarse el Príncipe, levantó el Rey los ojos al cielo y le hechó la bendicion. Habiendo oido misa con la misma atencion que si no hubiera estado enfermo, mandó á los grandes y á las demás personas que se hallaban presentes, que se acercasen á la cama, y esforzando la voz les dijo: „Señores, os doy gracias por la fidelidad y afecto con que me habeis servido. Os pido perdón por los malos egemplos que os he dado. Siento separarme de vosotros, y que las circunstancias de estos últimos tiempos no me hayan permitido recompensaros como mereceis. Amad al Delfin del mismo

modo que me habeis amado á mí. Es un niño de cinco años, que queda espuesto á muchos contratiempos. ¡O, y cuántos he padecido yo tambien en mi juventud! Yo me voy, pero queda el estado. Continúad dando egemplo de fidelidad, para que aprendan de vosotros los demás vasallos. Estad todos bien unidos, porque la union es la fuerza del estado. Pero yo me enternezco, y os hago enternecer tambien á vosotros. A Dios, señores: acordaos de mí alguna vez."

Lloraban amargamente todos aquellos á quienes se habian dirigido estas palabras, cuando entraron las Princesas de la sangre mas desconsoladas que otro alguno. Gemian, sollozaban y daban gritos penetrantes. Léjos de inquietarse el Rey, se sonrió y les dijo: „No habeis de gritar como si fueseis unas niñas." Se acercaron á la cama, y dió á cada una la instruccion que la convenia. A dos de ellas que estaban desavenidas, las exhortó á que se reconcillasen, y lo egecutaron al instante.

Yendo el mal en aumento desde el dia 26 del mismo mes, tuvo el enfermo movimientos convulsivos, y parecia que le flaqueaba la cabeza; pero recordaba siempre que se le hablaba de Dios, y para hacerlo de cuando en cuando no se apartaba de la cabezera su confesor el padre Tellier. Como aquel Príncipe sagáz é inflexible, á pesar de los clamores de la heregía y de la impiedad, habia apreciado constantemente á los jesuitas, quiso darles este último testimonio de su afecto. El dia 26 mandó llamar al

marqués de Pontchartrain, y le dijo: „Luego que haya muerto, pondrás un oficio para que se lleve mi corazon á la casa profesa de los jesuitas, y harás que le coloquen allí del mismo modo que el del Rey mi padre." A cada paso hablaba de lo que debia egecutarse despues de su muerte: hacia conversacion de su sucesor, llamándole el jóven Rey; y como nadie se atreviese á usar de esta palabra: „¿A qué viene esa delicadeza? decia. Nada me incomoda eso." Dijo á madama de Maintenon: „Siempre he oido decir que era muy sensible la muerte. Sin embargo, he llegado á este momento tan formidable para los hombres, y no me parece que sea esto tan doloroso. Si esto dejaros (añadió, manifestándole mucha amistad y aprecio), pero confio que pronto volveremos á vernos."

Al dia siguiente cayó en una postracion, de cuyas resultas se creyó que iba á morir. Recuperado algun tanto, vió por los cristales que estaban llorando á los pies de la cama dos jóvenes que asistian en su cuarto, y les dijo: „¿Por qué llorais? ¿Pues qué, habiais creído que yo era inmortal? Por lo que á mí toca, jamás he pensado serlo, y hace mucho tiempo que vosotros debiais estar preparados para este lance." Despues de haber oido misa con la atencion acostumbrada, mandó llamar al cardenal de Roan y al obispo de Meaux que acababa de recibir el capelo, y les habló en estos términos: „Yo quisiera haber dado fin á los disturbios de la Iglesia; pero no lo ha permitido Dios, que lo ordena todo á su gloria, y sin duda quiere